

CAPITULO VI

ITALIA

Papas.—Longobardos.

En sus instituciones civiles no ofrecia la Italia más estabilidad que la Francia. En el primer ímpetu de la invasion habian ocupado los longobardos gran parte de ella; pero si la division que hicieron entre diferentes duques les ayudó á establecerse en el territorio, tambien les estorbó consumir su conquista. Siendo elegido el rey entre estos diversos señores sin derecho hereditario, resultaba necesariamente una revolucion á cada vacante del trono, y los duques, favoreciendo á uno ú á otro de los competidores, no cesaban de atraer sobre sus personas privilegios cada vez más considerables; de tal manera que los de Benevento y Espoleto habian llegado á hacerse independientes en un todo. Unánimemente deseaban sólo una cosa, mantenerse tranquilos y señores absolutos en sus dominios, libres de hacer la guerra, no por mandato del rey, sino para aumentar sus franquicias ó sus riquezas: asi solamente con gran trabajo podian arrastrarles los reyes contra los griegos para expulsarlos de la Italia, ó contra los francos, que les inquietaban sin tregua ni descanso, ora por el instinto natural de saqueo, ora á instigacion de los emperadores de Oriente. Desprovistos de marina tampoco podian los longobardos impedir á estos monarcas que enviaran socorros á sus guarniciones; socorros débiles, si se quiere, pero trasportados fácilmente á donde la necesidad los exijia. Ni aun despues de abrazar la religion católica dejaron de ser considerados los longobardos como extranjeros, no mezclándose con los romanos, é ignorando cuán conveniente les era ganarse la voluntad del clero. No habia, pues, esperanza de que reunieran la Italia bajo una dominacion bastante fuerte para hacerse temer, ó bastante bien organizada para hacerse amar.

Conservábanse las tradiciones del antiguo imperio en la parte del territorio sometida á los griegos. Extendia el oarca su dominacion sobre la Romanía, sobre los pantanosos valles de Ferrara y Comachio; sobre cinco ciudades marítimas, desde Rimini hasta Ancona; sobre

otra pentápolis entre la orilla del Adriático y la vertiente de los Apeninos; sobre Roma, Venecia y casi todas las plazas marítimas. Algunas ciudades, como Venecia, por ejemplo, se habian emancipado de toda dependencia; otras, continuamente amenazadas, eran invadidas de vez en cuando por los longobardos. Para volverse á apoderar de ellas los exarcas se aprovechaban del momento en que éstos se hallaban empeñados en guerras extranjeras ó civiles, aunque bien pronto eran encerrados de nuevo en sus estrechos límites, sin gozar nunca de sosiego, reducidos á renovar la tregua todos los años, ó á comprarla á veces al precio de un tributo de 300 libras de oro. Si carecian de dinero para pagarlas ó para mantener su ejército, corrian sobre Roma para saquear el tesoro de la iglesia, ó iban á robar el santuario de San Miguel en el monte Gárgano, veneradísimo por los longobardos, y no establecian diferencia alguna entre amigos ó enemigos.

Asentada en medio de pantanos Rávena, residencia de los exarcas, y fácilmente socorrida por las escuadras griegas, se sostuvo siempre contra los bárbaros. En lo interior estaba regida por las instituciones municipales del bajo imperio, y distribuida en escuelas para las milicias urbanas. Allí se conservó por espacio de muchos siglos una insensata costumbre, y acabó por producir resultados deplorables. Al caer la tarde del domingo, jóvenes y ancianos, hasta las mujeres y los niños de todas las condiciones salian de la ciudad, y dividiéndose allí en escuelas, segun los barrios, se ponian á tirarse piedras hasta el punto de causar heridas y muertes. En el año 696 la escuela de la puerta Tiguriana desafió á la de la poterna de Sommovico; siendo la ventaja de los primeros, persiguieron á los otros á pedradas con tal furor que muchos perdieron la vida. En seguida cerraron y atrancaron la puerta y cruzaron en triunfo el barrio de los vencidos. De nuevo salieron ambos bandos el domingo siguiente, y á poco se cambió el juego en una terrible refriega, en que muchos de los combatientes de la poterna cayeron mortalmente heridos, aunque la ley fué conceder cuartal á todo el que implorara gracia. Entonces de la poterna conciben un atroz proyecto de venganza; fingen reconciliacion y convidan á co-

mer á los tigurianos; les degüellan á la mesa, y luego les arrojan á las cloacas ó los ocultan en otras partes. Descubierta en breve este desman horrible, todo fué gemidos en la ciudad espantada. Preceptuó el obispo Damian un ayuno de tres dias y una procesion, á que asistió personalmente con el clero y los monjes, desnudos los piés, vestidos con saco y cubiertos de ceniza; seguianles los legos y despues las mujeres sin adornos; por último iban los pobres implorando todos á gritos misericordia. Pasados estos tres dias se buscaron los cadáveres y se les dió sepultura: castigóse á los asesinos, fué quemado el menaje de sus casas, no queriéndose apropiar nadie, y quedó destruido el barrio. Desde entonces se le designó con el nombre de barrio de los Asesinos.

Poco á poco se habia alzado un nuevo poder en Italia, que debia desarrollarse en el curso de aquel siglo y echar en medio de las ruinas de los demas duraderas raices. Siempre se habian mostrado opuestos los papas á la dominacion longobarda, y deseosos de conservar al imperio las provincias invadidas. Gregorio Magno, habia empleado para lograr este fin autoridad, elocuencia, dinero, intrigas; imitaron este ejemplo sus sucesores, y cuantas veces se vieron amenazados por los longobardos, reclamaron al punto socorros de Constantinopla. Conservando respecto del emperador la sumision contraida cuando Roma era la capital del mundo, se dirigian á él para que confirmara su eleccion. Le pagaban ciertas retribuciones y tenian en su córte un apocrisario para tratar allí de sus negocios; pero cada vez iba disminuyendo más su dependencia de aquellos soberanos distantes y de los débiles exarcas á quienes tenia ojeriza el pueblo. Así la autoridad de los papas, que se hallaban al frente de las instituciones municipales conservadas en la ciudad, hacia casi nula la del duque de Roma, y se aproximaba á una especie de soberania. En lo interior se aumentaba el poder de los pontífices por efecto de su inmenso engrdecimiento fuera. Las ricas donaciones hechas á la Iglesia, hasta en las comarcas más distantes, les colocaban entre los principales propietarios de los nuevos reinos, donde la posesion del territorio era la fuente de la autoridad política. Hemos visto á los misioneros partir directa-

mente de Roma para inglaterra; muchos salieron más tarde de esta isla con el fervor de nuevos conversos para propagar el cristianismo, como Dolombano, Wilibrodo, Ruperto, Bonifacio. No pudiendo vanagloriarse las nuevas Iglesias de igualar ni de acercarse siquiera á la Iglesia romana, ni por la antigüedad ni por origen apostólico, se inclinaban delante de los pontífices con una adhesion absoluta. Como posteriormente eran las conversiones una obra de civilizacion y aseguraban en lo posible los reinos constituidos contra las invasiones exteriores, adquirian veneracion los papas, no sólo en razon de la supermacia del sacerdocio, sino tambien á causa de los intereses temporales.

Habiendo sucedido Sabiniano á Gregorio Magno (604), de quien habia sido apocrisario en Constantinopla, lejos de imitar la caridad generosa con que su antecesor habia distribuido trigo, se puso á hacer compras para revenderlo. Como los pobres reunidos en tumulto pedian que no quitara la vida á aquellos á quienes Gregorio habia alimentado tantas veces, se presentó Sabiniano en el balcon del palacio, y les contestó de este modo: *Callaos; si Gregorio os dió de comer para comprar vuestros elogios; yo no me cuido de hartaros á ese precio.* En estas palabras, dictadas por la avaricia, se columbra igualmente la envidia que alimentaba en su seno contra su antecesor, y que llevó hasta el punto de querer destruir sus escritos.

Tuvo por sucesor á Bonifacio III (697), tambien apocrisario y diácono; porque los papas eran elegidos con más frecuencia en esta orden que entre los sacerdotes, atendiendo que reuniendo en su oficio la administracion temporal y espiritual, tenian á su alcance más medios de ganarse los ánimos.

Este pontífice cedió muy en breve el puesto á Bonifacio IV (608), natural de Valeria, en el país de los marsos. A semejanza de su antecesor habia obtenido del emperador Focas que los patriarcas de Constantinopla renunciaran al título de ecuménicos, é hizo que se le concediera el panteon de Agripa, que consagró, despues de haberle purificado de la idolatría, á la virgen Maria y á todos los mártires. En esta ocasion fué instituida la fiesta de Todos los Santos.

Despues del romano Dieudonado (615) y del napolitano Bonifacio V (618), fué ocupada la

Santa Sede por el campanio Honorio, quien tuvo la felicidad de ver á Aquilea reunida á la Iglesia con Istria, habiéndose separado ambas de la comunión católica por la cuestión de los tres capítulos, y extenderse el cristianismo entre los anglo-sajones; pero en cambio vino á afligirle la herejía de los monotelitas. Sergio, patriarca de Constantinopla, versado en las sutilezas griegas, informó al papa de esta controversia con tanta destreza, que Honorio pensó que le preguntaba si había en Cristo dos voluntades humanas, es decir, esa propensión que arrastra á los hombres al pecado. Honorio lo negó en términos formales (633), afirmando que no podía haber más que una sola voluntad en Cristo; ahora bien, en esto estribaba el error de los monotelitas. Pecó, pues, por irreflexión, descendiendo hasta el punto de recomendar á Sergio que mantuviera secreta su carta, á consecuencia del deseo de no fomentar aquellas miserables disputas. Al revés, Sergio metió mucho ruido con la carta del papa; por eso en el sexto concilio ecuménico (680), cuando se fulminó anatema contra los que no veían más que una sola voluntad en Cristo, se comprendió en él á Honorio, *ex-obispo de la antigua Roma, por haber seguido, en su carta á Sergio, el error de éste y haber autorizado su doctrina*. Sin embargo, era contrario á los usos de la Iglesia condenar sin oír al acusado, y además el secretario que había escrito en nombre del papa el malhadado despacho, atestiguaba la intención inocente de la doctrina expresada en su texto.

Aprovecháronse los oficiales griegos de la muerte de Honorio (640) para saquear el palacio; pero contenidos en su tentativa, sugirieron al emperador que echara mano del tesoro allí depositado. Severino ocupó la Santa Sede sólo dos meses (642); luego Luan IV apenas dos años; en seguida vino Teodoro de Jerusalem, quien condenó á los defensores del monotelismo y escribió su sentencia con vino consagrado. El concilio de Africa le confirió los títulos de bienaventurado, padre de los padres, arzobispo y papa universal.

Martin, natural de Todi, lejos de ceder á Constante, que quería inducirlo á aprobar su Tipo, convocó un concilio en que condenó las herejías, y especialmente la de los monotelitas, la *Ectésis de Heraclio* y aquel mismo Tipo. En

esto vió el emperador un ultraje y mandó al exarca Olimpio que se apoderara de su persona, muerta ó viva. No atreviéndose éste á lanzarse á una abierta violencia, fingió querer comulgar por su mano, y apostó á un asesino para que lo hiciera en aquel momento solemne; pero al tiempo de levantar el puñal, se contuvo el homicida y declara que el aspecto del pontífice le había estorbado consumir su delito. Se tuvo á milagro, y confesando Olimpio su culpa, imploró el perdón de ella. Más resuelto que él (653) su sucesor, Juan Calliopas, se encaminó á Roma con tropas, registró el palacio pontifical para cerciorarse de que no había allí depósitos de armas, y aunque no encontró cosa alguna, se llevó durante la noche al pontífice en unión de seis de sus criados. Anduvieron errantes por mar tres meses; habiendo abordado luego el bajel á Naxos, el papa quedó á bordo en calidad de preso, y fué trasladado en seguida á Constantinopla, donde permaneció tres meses encarcelado sin comunicación de ninguna especie. Entonces se le hizo comparecer en juicio como culpable de haber urdido una trama contra el emperador con Olybrio y los sarracenos, y de haber hablado mal de la Virgen María. Convicto sobre estas imputaciones absurdas por los medios que nunca faltan en semejantes tribunales, fué conducido á un patio en medio de una gran muchedumbre de pueblo, y allí se le despojó del palio, del manto y de las demas insignias de su dignidad; luego le pusieron un collar de hierro, y despues de haber sido arrastrado por medio de la ciudad, á pesar de su edad avanzada fué sumergido en un calabozo sin lumbre en lo más crudo del invierno. Las mujeres de sus carceleros dulcificaron en su obsequio, como aconteció á menudo en favor de las demas víctimas, la atrocidad de las órdenes imperiales. En aquella lóbrega mansion estuvo hasta mediados de Marzo; época en que se le deportó á Cherson, donde languideció penosamente en medio de privaciones y de enfermedades hasta el momento en que Dios le llamó á su seno. Al patriarca Máximo, que sostuvo su inocencia, se le cortaron la lengua y la mano derecha. Tales eran los medios opuestos por los emperadores á la acción libre de la Iglesia.

Inmediatamente despues de la prision de

Martin, dió orden Constantino para que se procediera á la elección de su sucesor (654); y los romanos se determinaron á cumplirla, quizá por miedo de que encumbrara un hereje á la Santa Sede. Fué elegido Eugenio, quien vivió poco tiempo, y tuvo por sucesor á Vitalio, natural de Gehni. Marcos, arzobispo de Rávena (657), rehusó someterse á la jurisdicción de la iglesia romana, apoyándose en un diploma del emperador Constante; pero Vitalio le excomulgó y fué excomulgado. Este cisma continuó en el instante en que el papa Domno obtuvo la revocación de aquel diploma. Se atribuye á Vitalio la introducción de los instrumentos destinados á acompañar el canto en las iglesias.

Vienen en seguida el romano Adeodato, Domno y Agaton. Este último alcanzó en favor de la Iglesia romana la exención de tres mil sueldos de oro á cada elección de un pontífice, á condición, no obstante, de no consagrar á los electos hasta despues de que el emperador los confirmara. Luego Leon II (682), Benito II (684) y Juan V, sirio de origen, ocuparon muy poco tiempo la Santa Sede; el último quitó á los obispos de Cagliari el derecho de ordenar á los obispos (685). A su muerte se inclinaba el clero al arcipreste Pedro, preferían los soldados á un tal Teodoro; pero se eligió á Conon, el cual reunió todos los votos, á causa de su sencillez majestuosa.

Igualmente disputada fué la elección de su sucesor (687), y al fin salió victorioso Sergio de Palermo. A consecuencia de haberse negado hasta á dar lectura de las actas del concilio *in Trullo*, Justiniano II envió al protóspera Zacarias con orden de prenderle (694). Sublevado el pueblo, no halló el enviado otro refugio que el manto del pontífice. El exarca de Rávena, Juan, que llegó también á insultar su carácter, no se atrevió á ello, ó se arrepintió más bien de haber concebido semejante proyecto; pero la ambición de sus competidores al pontificado, perturbó la vida de este papa, quien hasta se vió obligado á mantenerse macho tiempo fuera de Roma.

Tan temeroso estaba el pueblo de sufrir violencias por parte de los emperadores, que en el momento en que al celebrarse la elección de Juan VI (701), vino de Constantinopla á Roma

el exarca Teofilacto, recientemente nombrado, empuñaron las armas los romanos, y no se apaciguaron sino á instancias y en virtud de las seguridades que oyeron de boca del papa. Su sucesor Juan VII (705), griego de origen, no se sintió con fuerzar para oponer resistencia á los ruegos y á las amenazas de Justiniano, quien le hizo suscribir en un todo las actas del concilio *in Trullo*.

Sisinio, que ocupó la Santa Sede veinte dias escasos (708), tuvo por sucesor al sirio Constantino, á quien Justiniano intimó la órden de dirigirse á Constantinopla, ora por hacer alarde de su autoridad, ora por inclinarle á confirmar nuevamente el concilio *in Trullo*. Recibió el emperador con los honores debidos á su carácter, é inclinó á sus piés la coronada frente, pidiéndole la comunión y sus oraciones. Tocante al concilio supo armonizar el papa la justicia y la condescendencia; pero cuando Filípico le envió las actas del conciliábulo de Constantinopla, que condenaba el VI concilio ecuménico, Constantino las rechazó desdeñosamente; y en señal de veneración mandó pintar los seis concilios en el pórtico de San Pedro en Roma. Por su parte el pueblo no quiso rendir homenaje á un emperador hereje, se negó á conservar su retrato, obstinándose en no mencionarle siguiera en la misa, ni en los actos públicos, y en no admitir las monedas con su efigie.

Este rápido resumen nos demuestra cuán poco tenían que agradecer los papas á los emperadores, y cuán inclinado estaba el pueblo á sacudir el yugo; deteniale sólo el temor de enemigos más peligrosos, los longobardos.

Rotharis, último rey longobardo, de quien hemos hablado en el siglo precedente, había sustituido á las costumbres un código escrito; con ayuda de las leyes y de una administración vigorosa, supo reprimir á los duques, y los guió contra los griegos; derrotó á éstos con su exarca Platon á orillas del Pánaro. Avasalló al ducado de Génova con la Liguria, única conquista duradera hecha desde la primera invasión por los longobardos.

Asesinado á pcco en unión de Rodoaldo, hijo y sucesor suyo, por un marido agraviado (652), quedó completamente extinguida la descendencia de Teodelinda; pero la nación ó los magnates eran tan adictos á la memoria de aquella

piadosa reina, que todavía fueron á buscar entre los Agilolfingos de Baviera un sucesor al trono en la persona de Ariberto. Este príncipe inauguró otra serie de reyes extranjeros á la raza longobarda (653).

Como si el reino no se hubiera encontrado ya suficientemente dividido entre los duques de Friul, de Espoleto y el Benevento, se quiso subdividirlo, á la muerte de Ariberto, entre sus dos hijos Pertarito y Gondeberto, á estilo de los francos y de los demas germanos. Residió el primero en Milan, el segundo en Pavia. No les mantuvo su ambicion acordes por mucho tiempo, y Gondeberto envió á Garibaldo, duque de Turin, á pedir al duque de Benevento, Grimoaldo, socorros para despojar á su hermano. El pérfido embajador logró persuadir al beneventino que acudiera con tropas, si bien fué aconsejándole que exterminara á soberanos extranjeros, y á apoderarse del reino, que necesitaba tener al frente campeones robustos y no niños.

Sonrió la proposición á Grimoaldo. Gondeberto fué muerto traidoramente por Garibaldo. Pertarito pudo salvarse cerca del kakan de los ávaros, quien rehusó una fanega de oro, á cuyo precio solicitaba Grimoaldo que le entregara su huésped, si bien aconsejó al desterrado que abandonara sus Estados. Entonces Pertarito osó volver á pisar la Italia y fiarse en la generosidad de su enemigo. Este acto de confianza agradó á Grimoaldo, quien le prometió seguridad y proveyó ámpliamente á sus necesidades; pero como se apercibiera de que le miraban con propicios ojos los longobardos, empezó á inspirarle recelos y determinó desembarazarse de su persona. Hizo, pues, que le cercaran soldados en el palacio que le habia señalado en Pavia; entonces Unulfo, su fiel criado, le disfrazó de esclavo, y fingiendo perseguirle á palos, le hizo cruzar por medio de los centinelas; habiéndole hecho bajar despues desde lo alto de las murallas de la ciudad al Tesino, le llevó hasta Asti, desde donde se trasladó á Francia. Informado Grimoaldo de este piadoso fraude, perdonó á Unulfo, y contentándose con su palabra, le envió á Pertarito, á quien habia salvado con su destreza.

Grimoaldo habia tomado el título de rey y obligado á la hermana de sus antecesores á

darle la mano de esposa. Al mismo tiempo se habia granjeado la voluntad de los duques, concediéndoles tales privilegios, que les hacian casi independientes y destruian la fuerza de la monarquía. Por otra parte, siendo ya completa la conversión de los longobardos, adquiria preponderancia entre ellos el clero, y por consiguiente, el pontífice romano; ahora bien, por un interés diametralmente opuesto al de los conquistadores, propendian los papas á conservar los que éstos propendian á destruir, la nacionalidad italiana. Grimoaldo, no ménos valeroso con el acero en la mano, que firme en sus resoluciones, mantuvo en lo interior el orden, y rechazó á los francos enviados por Clotario III, ó más bien por Ebroino, con objeto de restablecer la autoridad de Pertarito (665).

En su tiempo hizo el emperador Constante una tentativa todavía más enérgica para expulsar á los extranjeros de la Italia y restaurar el imperio romano. Habiendo equipado una escuadra en Sicilia, desembarcó en Tarento, llamó en torno de su bandera á todas las guarniciones de las ciudades marítimas dependientes del imperio, y al frente de ellas se puso en marcha con direccion al ducado de Benevento, el más poderoso de los Estados longobardos. Al proponerse Grimoaldo realizar una conquista de mucha más importancia, se le habia cedido á su jóven hijo Romualdo, quien defendió denodadamente la ciudad contra los ataques de los sitiadores; de este modo dió tiempo al rey para que acudiera en su socorro, y rechazando al enemigo hasta cerca de Formia, fué allí derrotado por Grimoaldo.

Desesperado ya el emperador de recuperar la Italia se dirigió sobre Roma; á falta de haber sabido vencer á los longobardos, quiso despojar á sus súbditos inermes y saqueó todo cuanto se habia libertado de las depredaciones de los bárbaros. No contento con los donativos que le ofreció el papa Vitalio, se apoderó de todo el bronce del Panteon, llevándose hasta la techumbre, y trasladó su botín á Sicilia, pero mientras los bajeles cargados con estos despojos hacian rumbo hácia Constantinopla, fueron atacados por una escuadra musulmana que trasportó mil objetos de arte á Alejandria, desde donde quizá habian pasado en otro tiempo á Roma.

Muerto Constante á manos de un asesino, pensó Romualdo en vengarse del ataque dirigido en su contra, y á la cabeza de una banda de búlgaros, arrebató al imperio las ciudades de Bari, de Tarento, de Brindis y la provincia de Otranto; conquistas que no pudo conservar mucho tiempo. Estos búlgaros auxiliares solicitaron y obtuvieron establecerse en la baja Italia, mientras fueron rechazados por el rey los ávaros, que llamados por Grimoaldo, querian fijarse en el país alto.

Su hijo Garibaldo, que le sucedió, no pudo impedir que los turbulentos duques llamaran á Pertarito del destierro para encumbrarle al trono. Las iglesias de Santa Agueda y de Santa María, en la Pértiga, que erigió en Pavia, dan testimonio de su gratitud á Dios, que le habia salvado de tantos peligros. Reinó quince años, amaestrado por el infortunio, á fin de no abusar de la próspera suerte. Hallábase en tanto perturbado el reino por dos facciones, una propicia y otra contraria á los príncipes bávaros (686). Cuniberto, hijo de Pertarito, tuvo ménos habilidad que él para dirigir los ánimos, y de aquí resultó que los duques de Benevento y de Espoleto sacudieron toda su dependencia. Alachis, duque de Brescia, llegó hasta á apoderarse de su palacio y le encerró en la pequeña isla de Comacina. Cierta dia, contando Alachis monedas de oro, dejó caer una, y como la recogiera un jóven de familia noble que se hallaba presente, le dijo: *Tu padre tiene muchas de estas y no tardarán en ser mías*. Refirió el jóven estas palabras á Aldon, su padre, quien previno sus proyectos, haciendo salir al rey de su retiro. Habiendo encontrado Cuniberto en la Corota, cerca del Adda, al duque de Brescia, le desafió á singular combate, á lo cual respondió Alachis: *Es un beodo; pero tiene una robustez extraordinaria. En vida de su padre le vi en el palacio, donde habia unos carneros de desmesurado tamaño, y los levantaba con el brazo extendido, cosa que yo no pude conseguir por más que hice*.

Esta cobarde negativa le enajenó la voluntad de muchos de sus parciales, para quienes su único mérito consistía en la fuerza, y su muerte aseguró á Cuniberto la victoria y el reino (701). Le conservó por espacio de doce años, trasmitiéndole luego á su hijo Luitperto, que fué des-

tronado muy pronto por Ragimperto, duque de Turin, teniéndole prisionero Ariberto, hijo y sucesor de su rival. Estos reinados tan cortos y estas sucesiones borrascosas, impedían adquirir fuerza á la monarquía. Ansprando, noble longobardo, parcial de Luitperto, habia buscado un refugio entre los bávaros; posteriormente volvió á pasar con ellos los Alpes y venció á Ariberto, quien se ahogó al vadear el Tesino: éste fué el último Agilolfingo en Italia. Cuéntase que salia disfrazado para oír lo que se decía de su persona; que se presentaba á los embajadores con desaliñado traje, con pieles comunes, no sirviéndoles nunca manjares exquisitos ni vinos de precio, á fin de no tentarles con las delicadezas italianas; pero más hubiera valido ponerse en estado de defenderlos, á beneficio de la union en lo interior del reino, que celarlos con pusilánime astucia.

Sólo duró tres meses el reinado de Ansprando, si bien se prolongó treinta y dos años el de su hijo Luitprando, quien devolvió todo su brillo á la dominación longobarda. Ante todo se dedicó á reformar el Estado comprimiendo los levantamientos nacientes de los duques, y aún condenando á muchos de ellos al suplicio. También quitó diferente castillos á los bávaros, quienes quizá meditaban recuperar el poder. Se mantuvo en buena inteligencia con los francos y con los ávaros, y publicó sabias leyes, encabezándolas con el título de *rey cristiano y católico de los longobardos bien amados de Dios*. Sabedor de que dos gasindos atentaban contra su vida, los convida á una partida de caza, y desviándose con ellos aparte, les censura por sus culpables designios; quitándose en seguida las armas, les dice: *Aquí tenéis á vuestro rey; ahora haced lo que os acomode*. Vencidos por esta acción atrevida y generosa, caen á sus piés ambos, y no contento con perdonarles, les otorga mercedes. Igualmente vivió en armonía con la Iglesia, á la cual confirmó la donación hecha por Ariberto II, de muchas propiedades en los Alpes Cotios, y se hizo propicios los devotos, mandando trasladar las reliquias de San Agustín desde Cerdeña á Pavia.

Luego que hubo restablecido el orden, asegurado la obediencia en sus estados, y extirpado todo germen de guerras civiles; pensó en ejecutar el proyecto de sus predecesores expulsan-